

Título: Historias de Nueva York

Autor: Stephen Crane

Traducción: David Cruz

Editorial: El Olivo azul

Págs: 104

Precio: 15 €

“Historias de Nueva York” es un curioso libro de cuentos, de historias, como bien dice el título, historias reales que su autor, el controvertido Stephen Crane observaba previamente y luego describía, con mente metódica y periodística. Quizás por eso sus cuentos escritos en el siglo XIX y ambientados en Nueva York, tienen para un español del siglo XXI el valor de una película de época. Puede que nos arrastre más lo que no dice que lo que dice.

Nos adentramos en una ciudad masificada, caótica, rápida. Parece no haber cambiado nada esta ciudad ciertamente cantada con frecuencia por cineastas o por novelistas. La portada del libro es un acierto, fotografía de 1900, año en el que curiosamente murió Crane, lo mismo que las fotos interiores que avalan cada cuento. Una edición cuidada la que presenta El Olivo Azul para un librito minúsculo pero succulento, que se lee tan rápido como su autor describe sus historias.

Crane se basa en la confusión, en la agilidad literaria y en la repetición. El coche que se ha paralizado en medio de la calle en “El carruaje averiado” desordena la vía pública, alborota a los viandantes y prepara al lector para lo que le viene: un mundo de diálogos y de locura urbana. Cuando ello pasa y el cuento acaba no sabremos muy bien si ha existido una trama o una historia que contar, sólo nos ha dejado una sensación y una imagen de fotograma en el subconsciente.

Es por eso que Crane describe personajes extraños, como aquel niño andrajoso que desea un juguete que conseguirá con fiera determinación. Es un niño siniestro, como nos adelanta en el título del cuento. Estas historias están llenas de niños vagabundos, perros callejeros, miseria, “pena del nacimiento, de la esclavitud y de la muerte”.

El prologuista de esta edición, Juan Bonilla, nos dice que Crane estaba enamorado de la realidad. “No consentía darle un ápice de importancia a la imaginación ni a la fantasía”, ése es el valor que tienen estos cuentos como referencia a una realidad que por conocida no nos debe dejar indiferentes. Porque la realidad, es, en sí misma, aún más absurda que toda fantasía. El regusto de amargura que nos deja en cada relato nos convence de que estamos leyendo vida, aunque ésta sea de hace más de un siglo.

Carolina Molina

